

# La vida sin Angie Cepeda



**Andrea Mariana García Achuri\***

*maryanna.garcia@gmail.com*

Durante diez años observé por costumbre y con poca emoción la esquina que se divisaba desde el ventanal enrejado de la sala de mi casa. Al llegar la tarde, un olor a pan se mezclaba con el humo de los carros que cruzaban el puente de la calle 45. Un pequeño hombre de aspecto desaliñado, que hacía parte del paisaje, se ocupaba de la seguridad de los carros en el parqueadero.

Recuerdo que en una oportunidad me solicitó amablemente que le regalara algo de ropa. Su excusa: a él, a Angie Cepeda (su perra), y a su esposa los habían echado de la pensión donde usualmente pagaban \$3.000 la noche. Adentro se encontraban las pocas prendas que tenían.

Unos tenis notablemente más grandes que su tamaño de pie, un *jean* cuyo dueño anterior no creía tan inservible al momento de regalarlo; una camisa tal vez blanca, tal vez gris, y una chaqueta azul rey de apariencia algo infantil. En la mano una bolsa de colombinas. “Papá, me va a colaborar... acuérdesse que los viernes fío”, luego comenta a un transeúnte desprevenido “...pero el lunes le cobro” y la risa nerviosa de quien cree será asaltado por el señor que cuida carros; y otra carcajada del último, que disfruta con el chascarrillo.

## ◆ Ocho años en la misma esquina

En los últimos ocho años escuché un ladrido agudo de una perra que permanecía echada en el árbol que amparaba a su dueño, al lado de la panadería. Cuando aún era pequeña ansiaba tener un perro y una noche vi la oportunidad cuando salí de mi casa a comprar el pan. Caminé un poco para llegar a la panadería de la mano de mi mamá. Automáticamente, me dirigí

▷▷ \* Estudiante de Derecho de la Universidad Nacional.  
Taller Biblioteca Luis Angel Arango.

al árbol, que aún era pequeño y había un perrito en una caja que tiritaba de frío o, pensándolo mejor, tal vez de hambre. Fue la primera vez que lo vi y en ese entonces tenía una apariencia mucho más tierna. Supe hace poco que Diego la llamaba Angie Cepeda y compartió con ella ocho años de los 15 que lleva en la esquina de la calle 53 con carrera 30.

Y fue hace 38 años cuando nació en alguna olvidada comuna de Antioquia, y con seguridad prefiere no recordar los años escolares aunque afirma: *“No soy del todo ignorante”*, mientras dirige su mirada arriba, al letrero de la panadería que arroja el olor del pan: *“Mire, yo sé que ahí dice Romannoti”*. A los 20 años se escapó de su casa, dejando a su mamá, debido a las malas influencias: trabajaba en el matadero municipal de su ciudad donde un compañero que descansaba de la dura jornada de la mañana decidió fumar un poco de marihuana. Después de ese día de trabajo, llegó a su casa con un deseo desaforado de comer, devoró toda la comida que encontró en las ollas de su casa y se acostó a dormir. Como no se despertaba, su familia lo creyó muerto. *“Es que cuando uno se pone a fumar esas cosas a uno le da mucha hambre y, claro!, cuando me fui a fabricar lagañas mi mamá pensó que me había muerto. Al despertar me cascaron duro y, pues, yo me fui de ahí y hasta en la cárcel estuve”*.

Chayanne empezó su carrera en solitario hace veinte años y un *boom* en el mercado fue motivo de comparaciones, Diego era el Chayanne de comuna: *“Es que yo era un bacán, a todos les caía bien”*, y añade; *“Le gustaba a todas las mujeres, es que eso es lo que se pierde cuando uno empieza a consumir la droga”*. Aun hoy asocia estos hechos con la envidia que despierta entre sus conocidos. *“Aquí muchos manes me han tratado de quitar el puesto, porque usted sabe, aquí la gente me conoce, y pues una vez un man trató de quitarme el puesto y todo pero yo no le hice nada ¿sabe por qué? Porque yo no cargo navaja, yo cargo corazón”*.

Suerte es lo que Diego piensa que le ha faltado. Sólo la tuvo con él durante ocho años y se llamaba Angie. *“Había días en que las señoras estas de por acá me decían: Diego, tome \$40.000 para que se coma algo con la perra. Y pues claro, yo casi que se los rapaba... eso sí, con mucho respeto... Imagínese, esa era una perra con suerte”*.

### ♦ Singular pasajera

Una noche me dirigía a la calle 45 al encuentro de un amigo. Salí de mi casa y decidí tomar la ruta donde al girar la esquina usualmente se encontraban Angie y Diego. Esta vez no me fijé en ellos, crucé el puente de la esquina para tomar un bus, y el primero que se divisaba decía en su letrero blanco con letras rojas “Diana T. Lomas. Calle 45”. El recorrido ahora tardaría cinco minutos. Al minuto dos, cuando no estaba del todo cómoda en mi silla, se subió una perra, era Angie, que corrió a la parte trasera del bus y decidió guardar puesto a su amo, Diego, quien pagó el pasaje y se sentó. Muchas de las personas que iban conmigo en el bus se asustaron del aspecto del pequeño hombre y aunque creo que esta vez fue más por su olor. Al momento de bajarme lo miré de reojo, y estaba comiendo pollo. Seguramente era un regalo *“de las señoras esas de por acá”*.

Es probable que Diego no recuerde cómo conoció a su esposa, pero sí recuerda cómo conoció a Angie. Con ironía comenta que fue precisamente su compañera quien la trajo, de sólo 20 días de nacida, a su pequeño cuarto ubicado en algún punto del trayecto del bus que se dirige a Diana Turbay. Con el pasar de los días, la recién bautizada Angie Cepeda se acercó a los sentimientos del humilde cuidador de carros y se alejó del corazón de quien fue su legataria. *“A los quince días de que yo tuviera a Angie, ella la odiaba; ella se fue porque decía... gas, esa perra huele muy maluco..., pero luego volvió”*. Un día su esposa le sugirió demostrarle su amor matando a la perrita. *“Yo no lo iba a hacer, porque llevaba años con mi perra y fue más fiel la perra que la mujer que tenía”*, afirma él.

Diego respetaba la condición de perra de Angie y Angie le colaboraba en su trabajo. *“Cuando con Angie nos subíamos al bus ella buscaba un puesto y me lo cuidaba y me hablaba con el pensamiento para que le abriera la ventana y poder ver perros... al fin, perra”*. Los ladridos que escuché durante los últimos años eran de Angie previniendo a Diego de posibles maleantes. Angie tuvo varios embarazos no deseados. En alguna oportunidad, Diego me mostró en cajas lo que parecían unos pequeñísimos cachorros. *“Es que son hijos de Angie y un labrador, porque a Angie le gustan los labradores”*. Y sí, Angie, una perrita negra y café que no alcanzaba la rodilla de un adulto, con la trompa alargada, y orejas ni muy largas ni muy cortas, esa vez fue madre si mal no recuerdo de cinco o seis perritos que Diego habrá regalado.

### ♦ La pesadilla

Hace dos meses empezó lo peor. *“Una se esas señoras de por acá”*, de aquellas que le daban dinero a Diego para que se alimentase con su Angie, iba en un carro, y antes de cruzar la parte de abajo del puente del barrio Galerías llamó a Diego y le dijo: *“¿Quiere que le haga un favor?, si quiere le esterilizo a la perra. Súbase y los llevo a donde el veterinario de mi perro.”* Diego no consideró del todo descabellada la propuesta; finalmente, para Angie era complicado concebir tantos perritos y las tentaciones naturales eran imposibles de evitar. Así que la operó el veterinario. *“Estuve tres días al pie de la perra y verla así era más duro que ver morir la madre”*. Después del complicado postoperatorio, Diego estaba de vuelta en la esquina con su perrita, pero *“Angie parecía un avión descabalao. Dejaron a mi perra inválida porque el veterinario le cortó los tendones”*. Diego decidió pedir una segunda opinión que esperaba fuera más certera; el nuevo doctor tomó las radiografías y descubrió que la perra tenía dentro de su cuerpo una aguja de cirugía: *“Una de esas agujas con la que lo cosen a uno, de las que parece un gancho”*, dice, describiendo con su mano derecha una letra C. El doctor le dio la opción de inyectarla para que la perrita no sufriera más y, finalmente, Diego la mató por amor. Justo como su esposa lo había solicitado en un principio. *“Ahora ella está feliz, y pues está conmigo”*, dice con poco ánimo.

En alguna oportunidad alguien le tomó fotos a Angie con la cámara de su celular. Diego carga con la Santa Biblia, y las tres fotos de su perrita adentro. Mientras las enseña dice:

*“Ahora estoy viendo como le saco así sea un millón de pesos al médico ese; sí ve, es que ella me trajo suerte todavía después de muerta”.*

Recuerdo haber estado como ahora frente a un computador cuando escuché afuera los lamentos del señor que cuida carros y vende colombinas; no lo sé con exactitud porque las lágrimas y creo que el dolor no le permitían hablar bien. Recuerdo sus improprios y lamentos cuando se despedía de Angie: *“Yo he tomado guaro y he llorado por esa perra lo que nunca hice por mi mamá”*. Acurrucado con sus dos pies y abrazando sus piernas, Diego lloraba frente a la panadería. Esta vez no se dirigió a las señoras de esas de por acá para ofrecer una colombina, sino para comentar la muerte de su compañera: *“Quiere que le cuente algo, no vaya a creer que estoy drogado, es que me tomé una botella de aguardiente”*. ¿Qué pasó, fue que su esposa se murió?”, le preguntaban. *“Ojalá hubiera sido ella, fue mi Angie y yo no sé qué voy a hacer”*.